

## PRESENTACION LIBRO DE DON JUAN DE DIOS VIAL LARRAIN

### "ESTRUCTURA METAFISICA DE LA FILOSOFIA"

Salón de Honor

14.10.97

Hay una consideración preliminar que hacer en el acto de hoy día.

Nos reunimos para el lanzamiento de un libro llamado "Estructura Metafísica de la Filosofía", título que es casi un desafío a las corrientes más manifiestas de nuestra vida intelectual (al menos de la criolla). Lo hacemos después de que una serie de peripecias vitales postergó este lanzamiento hasta después de que al autor le fuera otorgado el Premio Nacional, circunstancia que trajo a la metafísica a una situación de actualidad nacional que no le parecía destinada; y así, por obra del libro y del premio se nos da a nosotros en la universidad una ocasión para honrar a uno de sus miembros más distinguidos, "autoridad" en el sentido bueno de la palabra, de que promueve el crecimiento y el auge en torno suyo y que ha aportado a nuestra vida institucional durante muchos años, ese valor indefinible pero decisivo que es la vida, acción y ejemplo de un maestro singular, uno de esos a quienes no le han sido ajenos ni los problemas propios de su trabajo intelectual, ni los del destino, organización y gobierno de la institución, hasta el punto de que sentimos que esta sería muy distinta sin él.

\*\*\*\*\*

Este libro tiene algo de muy particular. No sé cómo lo aprecie el propio autor en comparación con otras de sus obras; pero para nosotros, el público, él tiene un sabor muy especial, porque sin aparato erudito, recorre con paso ágil los caminos que ya el mismo ha andado en obras monográficas que son de los mejores tesoros de la filosofía hecha en Chile. Hay en estas páginas algo de la mirada del viajero, pero cuando uno piensa cuán largo ha sido el itinerario que resume, se ve sobrecogido por un sentimiento de admiración hacia la fidelidad intelectual, expresada en la búsqueda persistente de respuestas a las mismas interrogantes formuladas una y otra vez bajo ángulos distintos, una especie de meditación a lo largo de una vida, en la que se hace manifiesta esa actitud central en el filósofo que es no dejar que su atención se distraiga, mantenerse siempre pensando en la misma cosa.

Al preparar este comentario he sentido vivamente la insuficiencia de mis propios medios para abordarlo, cosa que subestimé al aceptar el cometido. Pero que mis palabras sean si no pueden aspirar a otra cosa, expresión de admiración y de amistad.

El libro desarrolla pues el relato, tal vez de una sola pregunta, que se va transmitiendo por milenios como si fuera lanzada de cumbre a cumbre de una alta cordillera. Y sin embargo, sus páginas no hablan de una remota lejanía sino que tienen que ver con nuestras vidas cotidianas mucho más de lo que nos podríamos figurar.

Los hombres se han preguntado siempre por la composición y el origen de los sectores de la realidad que les interesaban. Desde los albores de la humanidad los relatos

sobre el cómo son las cosas se han entrelazado con el relato de cómo llegaron a ser, cómo se originaron. Mitos y leyendas han explicado siempre - también hoy - el origen de la realidad o de las realidades, y la composición de ellas.

Hubo un día en que en el Mediterráneo Oriental el problema se empezó a plantear de otra manera. Se quiso ir más allá de la experiencia trivial de la multiplicidad de las cosas, y llegar a ver qué es lo que ellas tienen en común. Como se comprende, surgía una audaz hipótesis a verificar: que existe algo - alguna estructura, por mala que sea en este contexto esa palabra - que es compartida por todos los componentes de la realidad - incluso por supuesto por el propio hombre que piensa - y que ese algo, esa estructura se puede abrir a la inteligencia humana.

La formulación de esa interrogante - propia de los presocráticos - era - repito - profundamente original, de una audacia extrema. ¿por qué a tantas cosas disímiles se les habría de suponer una estructura común? Buscando a esta se exploraron los elementos que parecían representar los aspectos más generales, omnipresentes de la realidad, los que parecieran capaces de sustentar tanto el cambio como la duración, - pensando hallar a una especie de Proteo que permaneciendo el mismo, disimulara, alterara y fingiera su apariencia: así el agua, el fuego, el aire, sus condensaciones y sus enrarecimientos se ofrecieron como los elementos de toda realidad.

Pero hubo todavía un paso que resultó decisivo. Hay algo que les es común a todas las cosas, y ello es simplemente que ellas son. El que sean se da siempre bajo alguna modalidad: son esta o aquella, pero así y todo, el que sean significa una suerte de primacía. Pasa algo análogo con el pensamiento - siempre que pienso, pienso algo, no hay pensamiento en un verdadero vacío. Pero así y todo se percibe que hay una suerte de primacía del pensamiento sobre cada cual de las cosas pensadas.

Ahora bien, por necesidad, cada cosa, cualquier cosa que pensamos, es o puede ser. En una traducción discutida, pero aproximada del poema de Parménides de Elea:

"Lo mismo es (para) pensar y (para ) ser"

*(Dasselbe kann gedacht werden und sein)* (Lo mismo puede ser pensado y ser)

Esta versión evita entender el dicho como si existiera identidad del pensamiento y el ser, pero que apunta a la médula de que hay una suerte de íntima y necesaria correspondencia.

El oscuro destello de este texto denso y preñado de sentido, pone en movimiento la larga aventura del pensar filosófico. El desafío lanzado por Parménides al pensamiento humano, vuelve una y otra vez en las páginas de este libro. Porque cómo se realiza esa misteriosa ecuación entre pensar y ser, que es la garantía de la inteligibilidad del mundo, es una cuestión recibida de modos diversos en el andar de la historia, y ella forma parte principal de la urdimbre fascinante de este relato que nos despliega Juan de Dios Vial.

Para Sócrates la verdad filosófica se verifica allí donde el alma alcanza su propia identidad, separándose en cierta forma de su cuerpo en una especie de ejercicio de morir, en cuya dinámica ella aprehende lo que es su constitución propia, las Ideas, o sea lo que es. Por eso para conocer los objetos no hay para qué precipitarse a ellos como para perderse, sino por el contrario hay que buscar en qué forma ellos participan de las Ideas: es la Idea de lo bello lo que permite reconocer la belleza de un objeto.

No podría intentar reproducir aquí la hermosura de las páginas que le consagra Juan de Dios Vial Larraín al Fedón y al Sofista. En el proceso de recogerse la inteligencia sobre sí misma ella piensa y desarrolla lo que es. La luz que ilumina esta investigación decisiva en el conocimiento humano emana también de la intuición fundamental de Parménides. Los Diálogos constituyen siempre el punto de referencia, más que nunca hoy día en que pareciera que la única comprobación de la verdad fuera la práctica, y ella se encontrara pues en el reino de lo sensible.

Porque no somos tan distintos de algún remoto antepasado que sabía interpretar las huellas de un animal para transformarlo en su presa, y la medida del acierto o desacierto de nuestras ideas sigue siendo para nosotros como lo era para él, el encuentro de algún efecto esperado o deseado. Estamos acostumbrados a que nos pasen cosas que ponen a prueba alguna interpretación nuestra de la realidad: encendemos la luz, damos el gas en la cocina, tomamos el auto, realizamos un trabajo o un viaje - cada uno de los hilos de este complejo tejido tiene un comienzo en alguna experiencia que alguien hizo, y que a través de alguna interpretación de la realidad nos ofrece un resultado que es ahora previsible. A partir de una experiencia sensible, a través de alguna interpretación de los hechos llegamos a una verificación también sensible.

Sin embargo el dicho de Parménides está allí siempre inquietante, para decirnos que todas esas acciones y comprobaciones se quedan como al margen de una luz en la que ellas mismas adquieren la presencia que puedan tener. Hay una forma de conocer que es distinta del conocer cotidiano - incluso del conocer científico que se verifica en la práctica; pero forma de conocer sin la cual las otras no se sostienen: es el conocer filosófico que pretende saber con certeza sobre el ser y que no se puede verificar en ninguna cosa en particular, al modo de las experiencias sensibles, sino que halla su única verificación posible en ese punto originario en que el acto de pensar se hace misteriosamente idéntico al acto de ser.

Es el impulso por esa forma de conocer el que se hace ciencia en la metafísica, y la transforma en la condición de existencia, en la base, en el supuesto de todas las ciencias, y lo que es causa de que el regreso a ella sea como un oasis al que debe volver siempre el ánimo curioso, vagabundo o extraviado, no por supuesto para apegarse servilmente a alguna solución ya encontrada sino para replantear una y otra vez las preguntas fundamentales por el ser de las cosas a la luz del poema de Parménides.

Para Platón, la ciencia empieza en la experiencia (aisthesis), sigue por la operación judicativa (doxa) y termina en el discurso racional explicativo (logos). Cito a Juan de Dios Vial: " el paso de lo que no es a lo que es, de la apariencia al ser; de lo confuso a

lo distinto; el movimiento de la identidad a la diferencia, ha de ser pues el método del discurso" "El paso al saber lo da entonces el alma en su inminencia que descubre el ser y las nociones trascendentales, en este caso el mundo de las Ideas. Pero el no ser y lo falso abren un interrogante que intenta resolverse por la vía del discurso (logos)" " El método discursivo separa para reunir, divide para unir, distingue para identificar. Lleva la confusa mezcla a la clara identidad; va de la ambigüedad a la precisión. Ahora bien ese orden es el de la realidad. En ella aparecen entremezclados unos entes que adquirieron figura propia en el desarrollo de un proceso de identificación"

Deduzco del texto de Juan de Dios Vial, que el pensamiento de Platón es el paso decisivo de todo el pensamiento occidental. Lo sigue siendo aun cuando cambia el centro de gravedad en Aristóteles y la mirada se dirige a los entes individuales. Un hecho trivial de la experiencia es que existen cosas o entes, o al menos que así nos lo parece. Y ellos se ven iluminados también por esa trabazón del pensar y del ser. En el acto mismo en que conocemos esos objetos, es nuestra inteligencia la que se identifica con ellos: no podríamos distinguir al que conoce - en el acto de conocer - de la cosa conocida - en el acto de ser conocida. Uno es ser y pensar, tal como uno es lo sensible y lo que siente. El último sentido de las sustancias individuales se halla en la inteligencia sin que esto implique para nada una reducción subjetivista.

Cada una de las ciencias tiene un método que es su aproximación peculiar y propia a su objeto particular. Lo que hace a una ciencia es su método, y un conocimiento cualquiera no puede aspirar a ser llamado científico si no lleva incorporado el método que permitió alcanzarlo. Pero esta ciencia del ser que carece de un objeto distinto, determinado como tal, es más bien un permanecer de la inteligencia en sí misma y aquí lo que manda son las leyes que rigen el pensamiento, que son las leyes que rigen el ser. Y la primera y más general de las leyes de esta ciencia, la que es como fundamento de sus métodos es el principio de no contradicción.

El desarrollo de esta idea se halla entre los más hermosos del libro. La filosofía - para Aristóteles - tiene la misión de reflexionar sobre los axiomas de las ciencias particulares y justificarlos. Pero entre todos los axiomas hay uno que es fundamental, y es el de no contradicción, que remite en último término a la visión de que una cosa dada no es cualquier otra cosa, y que por ende "la existencia verdadera de algo es el supuesto básico de la no contradicción.... (pero) la sustancia nombra precisamente la existencia de algo. Por consiguiente el conocimiento de los axiomas deriva del saber de la sustancia, de la ciencia que el filósofo se ha propuesto".

Porque para Aristóteles, la manera de nombrar la existencia de algo es "la sustancia", cuyo último sentido - nueva reminiscencia del sendero abierto por Parménides, está en la inteligencia. En la clásica fórmula escolástica, "lo inteligible 'in actu', es idéntico a lo inteligente 'in actu'"

Estudioso de Descartes como es Juan de Dios Vial, no es raro que el desarrollo del pensamiento de este filósofo alcance en estas páginas un verdadero frescor y una atractiva y para mí irreproducible novedad.

Al ser como acto se lo expresa en un verbo. El infinitivo "ser" tiende a ser confinado al mundo de los substantivos, de las cosas que son. Ser es como ver : es una acción. Hay un mundo de diferencia entre "ver", y "la visión". Un verbo en latín no se expresa normalmente por su modo infinitivo, sino por la primera persona del indicativo. "Ver" es "video". Para el caso de ser es "sum", que transmite de inmediato la noción del acto de ser. Y la primera certeza, aquella de la que yo no podría dudar sin interrumpir el hilo del propio pensamiento, es que "yo pienso", "cogito". Y ese "yo pienso", comprende toda la acción de la inteligencia, desde desear y amar hasta concebir y razonar. Es esa acción la que está indisolublemente ligada al acto primero de las cosas que es "ser". "Cogito ergo sum" le da otro giro a la intuición de Parménides. Allí se llega después de que muchas ciencias particulares, muchas afirmaciones verdaderas y falsas han exigido que se encuentre una sola afirmación que sea absolutamente cierta y que entonces sirva como el punto de apoyo a la palanca de Arquímedes para mover el mundo, en la nueva misión que le ha abierto el Renacimiento al pensar humano. "Scire est posse", "saber es poder", decía Bacon.

Una última cosa.

La milenaria pregunta por el ser tiende a oscurecer la pregunta por el pensar, que queda relegada al terreno de las ciencias particulares o es respondida desde la ciencia del ser. Pero el pensamiento de Parménides es pre-metafísico. Es claro que la metafísica deriva de él, y de esta derivan las ciencias que conocemos. Pero ¿no podría ser que en la aurora de la filosofía haya prevalecido un pensamiento preñado de historia posible?

La existencia humana es siempre alguna forma de comprensión del ser, pero "es el tiempo lo que articula a la propia existencia humana". Mientras al ser se lo conciba como sustancia, él es lo presente, lo que está allí ante los ojos. Tal vez en la concepción del objeto de Kant está presente también en el pasado en el cual se ha dado la duración. Pero Heidegger piensa que el fenómeno fundamental del tiempo es el futuro, allí donde se proyecta la existencia y los entes se despliegan hacia el conocimiento humano, en el "claro del ser", como los árboles en el claro de un bosque (Lichtung des Seins), y es ese despliegue el que "llama a pensar".

"Was heisst Denken". "Qué llama a pensar" es una manera de traducir el título de una de las últimas obras de Heidegger, la que trae entonces como un eco del dicho de Parménides, el cual no alcanza plena comprensión si no se aborda precisamente aquello que llama al pensar y al ser, que es "lo que es", el Ser de los entes, la duplicidad del Ser y el Ente.

El libro sigue pues el desarrollo de una aventura: la apertura de la sustancia individual a la inteligencia en Aristóteles, la búsqueda denodada de las certidumbres en Descartes, el objeto y su representación en Kant, para llegar al mundo nuestro donde la técnica borra el límite entre lo artificial y lo natural, donde la ciudad del hombre invade a la naturaleza, regulándola. El comportamiento del hombre - se nos recuerda - "está penetrado por la apertura del ente en su totalidad". Y frente a la nueva apertura en nuestra historia, la cuestión ineludible pasa a ser la de la existencia humana.

Pero el texto de Juan de Dios Vial Larraín deja abierta la posibilidad inquietante de que Heidegger esté solo abriendo otro capítulo en la empresa que inauguró Parménides, en un texto que todas las traducciones - según se dice - deforman"

"Lo mismo es para pensar y ser"

El pensar humano sería pensamiento siempre que traiga a la memoria esta duplicidad o diferencia entre los entes y el ser. Dice Heidegger: "Pensar es pensar sólo cuando trae al pensamiento a "lo que es", a aquello que esta palabra indica propia y verdaderamente y ello es la dualidad de los entes y el ser". La cuestión capital es la existencia del hombre, y a ella se le ofrece más que la ciencia, aunque ella sea la ciencia del ser. La existencia está determinada por la apertura del ente en su totalidad. "Todo comportamiento (Verhalten) del hombre está penetrado por la revelación del ente en su totalidad"

Al agradecer este libro a Juan de Dios Vial Larraín queremos agradecerle también su larga y fecunda dedicación a su tarea de pensador.

\*\*\*\*\*

Acaba de recibir una distinción importante, pero yo creo que es él quien honra al Premio. La Universidad quiere dejarle un modesto recuerdo de la feliz ocasión que nos reúne y por mi intermedio le hace entrega de su propia medalla conmemorativa.